



● adquiere este texto en formato físico y estarás apoyando el proyecto editorial del socialismo en Chile

visítanos en nuestra página  
[largamarchaeditorial.cl](http://largamarchaeditorial.cl)



# CRÍTICA DEL ENTRISMO

---

Rolando Astarita



Editorial  
Larga Marcha

## Editorial Larga Marcha

**Sitio web:** [www.largamarchaeditorial.cl](http://www.largamarchaeditorial.cl)

**Correo:** [editorial.largamarcha@gmail.com](mailto:editorial.largamarcha@gmail.com)

**Instagram:** [@largamarchaeditorial](https://www.instagram.com/@largamarchaeditorial)

**WhatsApp:** +56 9 3298 2414

**Facebook:** Editorial Larga Marcha

Astarita, Rolando

Crítica del Entrismo

Colección Militancia

87 páginas | 10 x 16 cm

Mayo de 2026

Santiago de Chile

Diseño y armado del interior por Editorial Larga Marcha

Diseño de portada y contraportada por [@bsssttn](https://www.instagram.com/@bsssttn)

*«Instríyanse, porque necesitamos toda nuestra inteligencia.*

*Conmuévanse, porque necesitamos todo nuestro entusiasmo.*

*Organícense, porque necesitamos de toda nuestra fuerza.»*

– Antonio Gramsci

Encuentra más libros en  
[www.largamarchaeditorial.cl](http://www.largamarchaeditorial.cl)

## Índice

La táctica trotskista del entrismo	5
Distintos tipos de entrismo	7
Magros resultados	11
Francia 1934	17
Los argumentos de Trotsky en 1934 y en 1936	20
«La contradicción básica de la época al interior de los PS y PC»	25
Una caracterización alternativa de los «partidos obreros»	30
¿Eran «centristas» los socialismos de los años 1930?	35
Ocho décadas más tarde, se insiste en el error	40
«Instinto revolucionario de los trabajadores»	42

Se hace abstracción del peso de las ideologías y la política	48
Las estructuras partidarias	56
La discusión sobre el entrismo de corto y largo plazo	60
En definitiva, no hay atajos	65
ANEXO: «La Salida» <i>por Leon Trotsky</i>	67

## La táctica trotskista del entrismo

En este escrito analizamos el «entrismo», una táctica que ha sido aplicada principalmente por los trotskistas. En lo esencial, consiste en la incorporación de los revolucionarios a partidos o movimientos de masas para profundizar eventuales procesos de radicalización y ganar franjas militantes y apoyo político. De manera típica, se caracteriza que las organizaciones en las que se hace el entrismo abrigan contradicciones y enfrentan, o están en vías de enfrentar, enemigos poderosos (el fascismo, el imperialismo, la derecha). Se sostiene entonces que esas organizaciones se verán obligadas a tomar medidas revolucionarias; o en caso contrario sus bases romperán con las direcciones vacilantes, oportunistas o burocráticas.

La idea que defendemos en este texto es que el entrismo no ha dado, ni da resultados para la izquierda revolucionaria y que esto se explica porque hay problemas en los fundamentos de esa táctica. En especial porque se piensa que las

organizaciones en las que se hace entrismo *no tienen un contenido de clase y político definido, y por lo tanto son pasibles de girar hacia la izquierda revolucionaria*. Esta perspectiva se potencia por la creencia de que habrá una toma de conciencia revolucionaria de las bases como reflejo directo de la crisis capitalista o de los enfrentamientos con el fascismo, la derecha o el imperialismo. Empezamos distinguiendo diversas formas de entrismo.

## Distintos tipos de entrismo

En su forma clásica el entrismo fue aconsejado por Trotsky a sus partidarios en Francia, en 1934. Previendo un enfrentamiento decisivo de la clase obrera francesa con el fascismo, Trotsky indujo a la Liga (el grupo trotskista en Francia) a incorporarse a la SFIO (Section Française de l'Internationale Ouvrière<sup>1</sup>), haciendo públicas sus posiciones y manteniéndose como grupos internos diferenciados. La Liga se transformó en el Grupo Bolchevique leninista y entró en la SFIO. Casi inmediatamente la táctica se extendió a otros países. Los trotskistas hicieron entrismo en los partidos socialistas de EE.UU., Bélgica, Canadá y Polonia. En América Latina en los PS de Chile y Argentina.<sup>2</sup>

---

1. Partido Socialista - Sección francesa de la Internacional de los Trabajadores (1905-1969). [N. del ed.]

2. Véase la nota de Omar de Lucía, «Unas relaciones curiosas: Trotskismo y socialdemocracia, 1926-1956», [http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/253-unas-relaciones-curiosas-trotskismo-y-socialdemo-](http://www.pacarinadelsur.com/home/oleajes/253-unas-relaciones-curiosas-trotskismo-y-socialdemo)

En los años que siguieron a la terminación de la Segunda Guerra Mundial, el entrismo adquirió nuevas dimensiones en la Cuarta Internacional encabezada por Michel Pablo y Ernest Mandel. Se hizo lo que se llamó «entrismo *sui generis*», en los partidos comunistas de Europa Occidental. La dirección «pablista» de la Cuarta Internacional pensaba que era inevitable una guerra de las potencias imperialistas contra la URSS, a consecuencia de la cual los PC se verían obligados a enfrentarse al capitalismo y radicalizarían sus posiciones. Los trotskistas debían participar en ese proceso junto a lo más combativo de la clase obrera, que estaba en los partidos comunistas. Pablo y Mandel pensaban también que se podría inducir a los trabajadores al enfrentamiento con la burocracia soviética y el stalinismo.<sup>3</sup> La táctica fue calificada como entrismo «*sui generis*» porque la militancia en los PC se hizo de manera disimulada, y se mantuvo durante muchos años. También grupos trotskistas hicieron entrismo en el Laborismo

---

cracia-1929-1956)

3. Véase la «Resolución política» del Partido Comunista Internacionalista de Francia, julio de 1951.

inglés. En los 1960 la Socialist Labour League, bajo dirección de Gerry Healy, hizo entrismo en el laborismo inglés, logrando influencia en las Juventudes Socialistas; aunque fueron expulsados del laborismo a mitad de la década. La corriente *The Militant* hizo entrismo durante décadas en el Laborismo inglés, donde llegó a tener diputados en el Parlamento, dirigió las Juventudes Socialistas y ganó la mayoría en el consejo municipal de Liverpool, en los 1980. Sin embargo, desde ese pico de influencia, no pudo resistir la ofensiva de la dirección del laborismo y perdió terreno.

También se realizaron experiencias entristas en los partidos Socialistas de Japón, Brasil e India; en el Movimiento Nacionalista Revolucionario de Bolivia; y en el Frente de Liberación Nacional de Argelia. A su vez, grupos *The Militant* hicieron entrismo en el Partido Socialista Obrero Español y en el Partido Popular de Pakistán. Y la Corriente Marxista Internacional (ex-*Militant*) hizo entrismo en el Laborismo inglés, en los partidos Comunistas o en organizaciones heredadas de estos en varios países; y en el Partido Socialista Unificado de

Venezuela (PSUV). Por otra parte, en Argentina algunos grupos trotskistas –el más importante dirigido por Nahuel Moreno– hicieron entrismo en el peronismo en los años 1950 y 1960. Y a fines de la década de 1970 la corriente dirigida por Moreno aplicó la táctica en España, en el Partido Socialista Obrero Español, PSOE. En los 2000 y 2010 Marea Socialista hizo entrismo en el PSUV. Con estas enumeraciones no pretendemos agotar el fenómeno, simplemente mostrar que se trató de una táctica extendida, y con variantes importantes.

## Magros resultados

Han pasado más de nueve décadas desde que el entrismo fuera recomendado por Trotsky, y en ningún país el trotskismo logró, con su instrumentación, influencia de masas. Alternativamente, cuando los trotskistas alcanzaron a tener cierta influencia en las organizaciones en las que hacían entrismo fueron expulsados.

De hecho, el principal argumento en defensa de lo beneficioso de la táctica entrista es contrafáctico. Es que Trotsky pensaba que *si* Andreu Nin –el principal referente de la izquierda revolucionaria española en los 1930– *hubiera* aceptado entrar al PSOE, el trotskismo español *se hubiera* convertido en una organización de masas. Tengamos presente que por un breve período la Juventud Socialista de España, dirigida por Largo Caballero, se había pronunciado a favor de la Cuarta Internacional. Trotsky propuso entonces que los trotskistas entraran a la JS para impulsar su radicalización. Pero Andrés Nin se negó a seguir el consejo de Trotsky, y

finalmente la JS fue ganada por el PC. Trotsky pensaba que Nin había dejado escapar una oportunidad de oro, y lo calificó muy duramente: «La Juventud Socialista ha pasado casi enteramente al campo stalinista. Quienes se llaman a sí mismos bolcheviques leninistas y permitieron esto, o mejor dicho, causaron esto, deben ser estigmatizados para siempre como criminales contra la revolución».<sup>4</sup>

Desde entonces en el movimiento trotskista se asumió que el episodio de las JC en los 1930 era prueba de la potencialidad de la táctica. Pero el argumento es contrafáctico. Y por fuera de esa referencia, no existe algún saldo destacable, en relación a los objetivos propuestos, de los múltiples entrismos realizados en las más diversas circunstancias y países. Ganar algunas decenas o centenas (en el mejor de los casos) de militantes, no es sinónimo de influencia de masas. Otro argumento que se ha esgrimido es que los militantes que hacen entrismo adquieren experiencia de militancia entre las masas obreras.

---

4. Trotsky, L. «The Dutch Section and the International», 15-16, julio de 1936.

Pero el argumento tampoco parece convincente. Muchos grupos militantes realizan cotidianamente trabajo político en organizaciones obreras y populares, y adquieren experiencia, con sus posiciones claras y definidas.

Por otra parte, hay que anotar en el pasivo de la táctica, en primer lugar, las múltiples rupturas que se produjeron en las organizaciones trotskistas a la hora de entrar a los partidos en los que se hacía entrismo. Muchos militantes se resistían a lo que consideraban una renuncia a su identidad ideológica y política. En segundo término, hay que tener en cuenta los efectos de las expulsiones —a veces muy rápidas— o de las salidas: también generaron rupturas y crisis, la mayor parte de las veces porque los militantes buscaban adaptarse a las demandas de los aparatos, a fin de permanecer en los partidos a los que se habían incorporado, en la esperanza de ganar posiciones. En tercer lugar, con frecuencia el entrismo se hizo sin poder sostener las posturas marxistas, debido a las exigencias de las organizaciones en las que se entraba. Por ejemplo, los trotskistas de EE.UU. entraron, en 1936, en el Partido Socialista Norteamericano

a título individual y renunciando a tener una publicación propia.

En cuarto lugar, a menudo fue difícil contrarrestar la acusación lanzada a los trotskistas por «fraccionalistas», «quinta columna», «infiltrados», y similares. Estas denuncias generan confusión y son difíciles de contestar. En resumen, parece cumplirse el pronóstico que había hecho Lenin sobre las consecuencias que acarrearía la formación en la Rusia prerrevolucionaria, de un partido obrero «centrista amplio», de tendencias opuestas: una «infinita agravación de la discordia, diferencias, las divisiones, la confusión ideológica y la desorganización práctica». Con el agravante de que un pequeño grupo militando al interior de un partido de masas –socialista, comunista o nacionalista de izquierda– tiene pocas posibilidades de aclarar sus posiciones frente a los recursos de que disponen los aparatos de dirección.

Muchos trotskistas, sin embargo, sostienen que la falta de éxito de la táctica se debe a que no se habrían seguido las recomendaciones de Trotsky. Afirman que el entrismo tiene que

aplicarse por un corto período de tiempo y que los trotskistas deben mantener al interior de los partidos a los que se afilian, una publicación independiente (era la posición del dirigente argentino Nahuel Moreno, por ejemplo). Sin embargo, tampoco los grupos que siguieron las recomendaciones de Trotsky, y estuvieron bajo su dirección, tuvieron éxito. El ejemplo más significativo es Francia. Los trotskistas entraron en la SFIO como grupo y mantuvieron una publicación, pero el objetivo buscado —una ruptura de masas o el vuelco de la SFIO hacia las posiciones revolucionarias— no se logró. Tampoco en Bélgica y EE.UU. —las otras experiencias importantes en vida de Trotsky— los trotskistas lograron influencia de masas. De hecho, Trotsky consideró que esas experiencias habían sido positivas porque se habían ganado militantes y los trotskistas habían entrado en contacto con las masas. Un saldo magro en relación a las esperanzas que abrigaba al momento de recomendar la táctica. Algo similar puede decirse de las experiencias de entrismo en la segunda posguerra. El balance habitual siguió siendo «ganamos adherentes», o «entramos en contacto con las masas». No hay registro de que

se haya avanzado en algún lugar en influencia a nivel masivo, con un programa anticapitalista y socialista.

## **Francia 1934**

Nuestra posición es que en el entrismo hay problemas de fondo que van más allá de las adecuaciones tácticas. Los mismos se evidencian en la caracterización de la SFIO con la que Trotsky argumentó a favor del entrismo; y su cambio cuando los trotskistas fueron expulsados del socialismo francés.

Tengamos presente que la entrada de los trotskistas en la SFIO se produjo en el marco de una importante radicalización de la lucha de clases. El 6 de febrero de 1934 la extrema derecha había realizado una gran manifestación contra la república parlamentaria y el gobierno de Daladier, quien terminó renunciando. Tres días después el PC convocó a una contramanifestación, seguida por una huelga general y manifestaciones en toda Francia, en defensa de las libertades y contra el fascismo. A partir de aquí se extendió el sentimiento de que era necesaria la unidad obrera para enfrentar al fascismo. En julio el PC, que hasta entonces

había sido hostil a todo acercamiento con la socialdemocracia –a la que caracterizaba «la otra cara del fascismo»– dio un giro de 180 grados y convocó a la unidad. Ese mismo mes el PC y la SFIO firman un pacto de unidad de acción. Trotsky consideró que ese pacto había sido impuesto por las masas, y que la Liga debía tomar parte en el frente único obrero. Para lo cual era necesario entrar en la SFIO. Es lo que se conoce como «el giro francés» de la política de Trotsky.

A pesar de que hubo militantes que no aceptaron la nueva táctica, la Liga entró a la SFIO donde se constituyó en «Grupo bolchevique leninista» (GBL) y publicó *La Vérité*. En poco tiempo el GBL ocupó posiciones de relevancia en las Juventudes Socialistas del Sena y ganó influencia en el ala izquierda del partido. Pero eso duró apenas 18 meses. Es que el pacto entre el PC y la SFIO fue el germen de la formación del Frente Popular, que a su vez abría la perspectiva de acceso de socialistas y comunistas al gobierno. En junio de 1935 la SFIO dio su apoyo a la formación de un Frente Popular con el PC y el Partido Radical, de carácter democrá-

tico liberal. En esa coyuntura la dirección de la SFIO intensificó sus ataques contra los críticos de izquierda, y se aceleró el enfrentamiento con los trotskistas. Ese mismo mes fueron expulsados los dirigentes de la Entente des Jeunes Socialistes del Sena. Y en agosto, a raíz de la publicación de una carta en defensa de la Cuarta Internacional en *La Vérité*, la dirección socialista expulsó al GBL. Algunos trotskistas hicieron concesiones para permanecer en el partido, pero Trotsky consideró que el entrismo estaba agotado y había que formar un polo independiente. Agreguemos todavía que en la primavera de 1938 también fue excluida de la SFIO su ala izquierda, el Partido Obrero y Campesino, dirigida por Marceau Pivert, que había adquirido cierta influencia y llegó a contar con unos 10.000 militantes (incluidos algunos trotskistas). Sin embargo, no alcanzó a tener influencia de masas; y se mantuvo alejado de la Cuarta Internacional.

## Los argumentos de Trotsky en 1934 y en 1936

Los argumentos de Trotsky a favor del entrismo en Francia fueron adelantados en «La salida», un escrito de agosto de 1934. La idea que lo recorre es que el socialismo es una formación «centrista», que marcha a un «conflicto mortal» con el fascismo, por lo que se abría la posibilidad de un cambio revolucionario de la SFIO, incluida una eventual ruptura con el Estado burgués. Escribía Trotsky: «en nuestra época el destino del proletariado depende en gran medida de la manera resuelta en que *la socialdemocracia* en el breve intervalo que le concede la marcha de los acontecimientos, *logre romper con el Estado burgués*, transformarse y prepararse para la lucha decisiva contra el fascismo» (énfasis añadido). Pero la Liga era pequeña y el combate decisivo con el fascismo era inminente. En consecuencia, debía ubicarse dentro del Frente Único conformado por el PC y los socialistas. Concretamente, tenía que incorporarse a la SFIO

«para contribuir activamente al reagrupamiento revolucionario y a la concentración de fuerzas de ese reagrupamiento».

Una pregunta que se planteaba era por qué el entrismo en el socialismo y no en el PCF. Trotsky explica que, a diferencia del socialismo, no había posibilidad de que el PC evolucionara hacia la izquierda: «Los dos partidos son organizaciones centristas con esta diferencia: el centrismo de los stalinistas es producto de la descomposición del bolchevismo, mientras que el centrismo del Partido Socialista surge de la descomposición del reformismo. Y hay otra diferencia entre ambos, no menos esencial. El centrismo stalinista, pese a sus convulsivos virajes, representa un sistema político muy estable indisolublemente ligado a la situación y a los intereses de la poderosa capa burocrática. El centrismo del Partido Socialista *refleja la situación transicional de los obreros, que buscan una salida que los conduzca al camino revolucionario*» (énfasis añadido). Los stalinistas, afirma Trotsky, incluso *«retrasan el desarrollo revolucionario del Partido Socialista»* (énfasis agregado). Aunque la SFIO no es el partido revolucionario de la clase

obrero, sus *contradicciones internas* «*pueden y deben señalarse como garantía de su ulterior evolución*, y en consecuencia como posible apoyo de la palanca marxista» (énfasis añadido). Por eso, entrando en el socialismo los trotskistas «reforzarán enormemente su ala izquierda, fecundarán la evolución del conjunto del partido, constituirán un poderoso centro de atracción para los elementos revolucionarios del Partido Comunista y facilitarán en gran medida la búsqueda del camino revolucionario del proletariado».

Subrayemos una cuestión central: la creencia de que, debido a sus características «centristas», dentro de la SFIO podían desarrollarse tendencias revolucionarias de masas, o incluso que la mayoría de la organización podía ser ganada a un programa revolucionario. Esta idea está expresada de forma todavía más clara en «The League faced with a Turn», de julio de 1934. Allí Trotsky recordaba que el Partido Socialista Francés había votado, en 1920, en el Congreso de Tours, la adhesión a la Tercera Internacional, y señalaba que «[n]o conocemos una ley que diga que es imposible una repetición del Congreso de Tours. Por el contrario, *muchas de*

*las condiciones prevaletientes hablan de tal posibilidad»* (énfasis añadido).

La caracterización del Partido Socialista juega un rol clave en el argumento de Trotsky a favor del entrismo. En «La salida», que hemos citado, la SFIO es considerada como una organización «centrista no consolidada», ya que «refleja la situación en transición de los obreros», que buscaban una salida revolucionaria al enfrentamiento con el fascismo. En otro texto, de 1933, precisa que con el término «centrismo» quiere significar «las más variadas tendencias y grupos que se encuentran entre el reformismo y el marxismo». <sup>5</sup> En este escrito también considera al Partido Laborista Independiente de Gran Bretaña como «centrista de izquierda», ya que sus muchas tendencias y fracciones eran indicativas de los diferentes estadios de evolución desde el reformismo al comunismo. Desde esta perspectiva, pareciera que la SFIO o el Partido Laborista Independiente eran partidos «obreros», al igual que los partidos Comunistas. Aunque

---

5. Véase Trotsky, L. «Principled Considerations on Entry», 16 de septiembre de 1933.

los PS y el Laborismo Independiente serían «centrismos no consolidados», en tanto que los PC eran «centristas cristalizados», productos de la contrarrevolución burocrática.

Sin embargo, apenas un año más tarde Trotsky maneja una caracterización de la SFIO casi opuesta a la de 1934. Así, cuando los trotskistas ya habían sido expulsados del socialismo francés, considera que la SFIO es una «agencia de la burguesía dentro de la clase obrera». <sup>6</sup> Luego, en el *Programa de Transición*, publicado en 1938, los partidos socialistas y comunistas son calificados de «pequeñoburgueses». Aquí el peso está puesto en los programas, la estrategia y las direcciones de la Segunda y Tercera Internacional. Sin embargo, en 1934 Trotsky apostaba a que las bases de la SFIO eventualmente se radicalizaran y abrieran la vía para su evolución al marxismo. ¿Cómo se explican estos giros de caracterización?

---

6. Trotsky, L. «Open Letter to the Fourth International», agosto de 1935.

## «La contradicción básica de la época al interior de los PS y PC»

Tal vez la respuesta más clara a la pregunta con la que cerramos el punto anterior la encontramos en un artículo de Ernest Mandel, de 1948.<sup>7</sup> Aquí, siguiendo a Trotsky, Mandel plantea que la característica fundamental de la época «es la contradicción entre el empuje instintivamente revolucionario del proletariado y el carácter profunda y abiertamente contrarrevolucionario de su dirección tradicional» (p. 119). Esta es también una de las ideas centrales del *Programa de Transición*.

A su vez, esa contradicción entre las bases y la dirección se expresaba, según Mandel, en el seno de los grandes partidos obreros reformistas. Es la misma idea, en sustancia, que encontramos en Trotsky en 1934, cuando consideraba

---

7. Mandel, E. «El verdadero testamento de León Trotsky», en *Sobre la historia del movimiento obrero*, Barcelona, Fontamara, 1978.

la posibilidad de que la SFIO, y otros partidos Socialistas, o el Laborismo independiente de Gran Bretaña, evolucionaran hacia la izquierda revolucionaria. La diferencia con el análisis de Mandel de 1948 es que éste consideraba que «la contradicción fundamental de la época» se expresaba ante todo en los PC (aunque también en el Laborismo), y Trotsky pensaba que el conflicto central pasaría por el seno de los PS.

En cualquier caso, el enfoque esencial se mantiene: las masas instintivamente buscan la salida revolucionaria, y las direcciones y los aparatos burocráticos las traicionan y actúan como agentes contrarrevolucionarios. En palabras de Mandel, «en la mayoría de los países europeos y asiáticos las aspiraciones revolucionarias del proletariado se [han] traducido en su adhesión al movimiento staliniano. Por eso la actitud de la vanguardia revolucionaria ante este movimiento debe reflejar el hecho contradictorio de que las dos tendencias fundamentales de nuestra época, el empuje instintivamente revolucionario del proletariado y la política abiertamente contrarrevolucionaria de su dirección, se hayan concentrado, por así decirlo, durante toda una

época en el interior de estos mismos partidos» (p. 126).

La tesis central es que la contradicción de la época (bases obreras que buscan ir a la revolución, direcciones burguesas o burocráticas traidoras), trasladada al interior de los partidos de masas, determina las posibilidades del entrismo. Por eso Trotsky, en 1934, cuando piensa que se está produciendo una radicalización del movimiento de masas, pronostica que en el PS tenderá a agudizarse el enfrentamiento entre las bases y la dirección (pero no en el PC, al que consideraba cristalizado). Sin embargo, en 1935, cuando los trotskistas franceses ya han sido expulsados, y la SFIO se orienta al Frente Popular con el PC, Trotsky no vacila en caracterizarla como «agente de la burguesía imperialista». El cambio solo se puede explicar porque en 1934 todavía pensaba que la SFIO era un fenómeno contradictorio, abierto, en el que la lucha de clases no había dicho la última palabra; un año más tarde, lo considera cerrado (aunque al mismo tiempo aconseja el entrismo en los PS de Bélgica y EE.UU.).

En otros términos, al momento en que se considera aplicar el entrismo, la resolución de la contradicción que anida al interior del partido «obrero reformista» estaría irresuelta, en algún sentido fundamental. La noción de «organización centrista» que evoluciona hacia la izquierda o la derecha, intenta describir esta situación. De manera que, según las coyunturas de la lucha de clases, uno de los polos (dirección burguesa – bases inclinadas a la revolución) puede predominar sobre el otro. Por eso, si la presión revolucionaria de las bases era suficientemente elevada, Trotsky consideraba que la SFIO, o el Laborismo Independiente, podían romper con el Estado y ser ganados al marxismo. Anotemos que el mismo enfoque lo encontramos cuando caracterizaba al Laborismo británico en los 1920. Escribía: «Los líderes liberales y semi-liberales del Partido Laborista todavía piensan que una revolución social es una prerrogativa sombría de Europa continental. Pero aquí también los eventos pondrán de manifiesto su atraso. Se necesitará mucho menos tiempo para convertir al Partido Laborista en un partido revolucionario

del que fue necesario para crearlo».<sup>8</sup> Esta idea básica se mantiene, por parte de los grupos que se deciden por la táctica del entrismo, hasta el día de hoy al momento de caracterizar organizaciones como el PSUV.

Debe anotarse también que, según este enfoque, el criterio sería aplicable a los movimientos nacionalistas de masas. Por ejemplo, se podría decir que en Argentina, a partir del Cordobazo, de 1969, o incluso antes, durante la llamada Resistencia peronista (años 1950 y 1960), las bases se dirigían «instintivamente» a la revolución, en contra de su dirección burguesa «que las traicionaba». Estaríamos ante «la contradicción fundamental de la época», expresada al interior del Partido Justicialista. El argumento encaja todavía mejor con respecto a algunos grupos trotskistas que hicieron entrismo en las organizaciones político-sindicales peronistas (como fueron las 62 Organizaciones).

---

8. *Leon Trotsky's Writings on Britain*, vol. 2, <https://www.marxists.org/archive/trotsky/britain/wibg/ch03.htm>; énfasis añadido)

## Una caracterización alternativa de los «partidos obreros»

Frente al anterior abordaje existe una tesis alternativa que dice que, si bien la base social de la socialdemocracia o del laborismo, es obrera, lo que prima en el terreno de la caracterización de clase, *es la naturaleza de la dirección y el programa que defienden estas organizaciones*. Es el enfoque que encontramos en Lenin, cuando caracterizaba al Partido Laborista británico como un partido burgués. En un discurso pronunciado en el Segundo Congreso de la Internacional Comunista, el líder bolchevique polemiza con los comunistas que consideraban que el Partido Laborista británico era un partido obrero. Decía:

«El camarada [McLaine] llamó al Partido Laborista la organización política del movimiento sindical, y más tarde repitió la afirmación cuando dijo que el Partido laborista es “la expresión política de los trabajadores organizados en sindicatos”. Me he encontrado con el mismo enfoque varias

veces en el periódico del Partido Socialista británico. Es erróneo, y es en parte la causa de la oposición plenamente justificada en alguna medida, que viene de los obreros revolucionarios británicos».

«En realidad, los conceptos “departamento político de los sindicatos” o “expresión política” del movimiento sindical, son erróneos. Por supuesto, la mayoría de los miembros del Partido Laborista son trabajadores. De todas maneras, si un partido es o no un partido político de los trabajadores no depende sólo de una membresía de trabajadores sino también de la gente que lo dirige, y del contenido de sus acciones y sus tácticas políticas. Solo esto último determina si realmente tenemos delante nuestro un partido político del proletariado».

«Visto desde este punto de vista, el único correcto, el Partido Laborista es totalmente un partido burgués porque, aunque conformado por trabajadores, está dirigido por reaccionarios, y por la peor clase de reaccionarios, que actúan en el espíritu de la burguesía.

Es una organización de la burguesía, que existe para engañar sistemáticamente a los trabajadores con la ayuda de los Noskes y Scheidemanns británicos». <sup>9</sup>

Pensamos que esta concepción es más adecuada para la caracterización de estos partidos «obreros reformistas» (burgueses en su actuación práctica), que la que vimos en Mandel, y antes en Trotsky. Lenin no supone que hay una base militante que «instintivamente» se dirige a la revolución y choca con una dirección que «traiciona». La contradicción no está «indeterminada» en lo que respecta a las posibilidades de evolución orgánica. Ahora, en el enfoque leninista, en el seno del Laborismo (también en la socialdemocracia reformista) la dicotomía «bases obreras – direcciones con programas burgueses» está dominada por el segundo polo. Por lo tanto, la organización no está abierta a una evolución hacia el marxismo; en todo caso, si las tensiones revolucionarias se hacen sentir al interior de estos partidos, podrá haber ruptura

---

9. «Lenin's Speech On Affiliation To The British Labour Party», en <http://www.marxist.net/openturn/historic/script.htm?lenin.htm>

(como sucedió al momento de la fundación de la Tercera Internacional).

Observemos que en lo que respecta al criterio para caracterizar a un partido, el de Lenin es muy similar al que defendió Trotsky, cuando criticó la política de la Internacional Comunista en China, en los años 1920. Polemizando con Bujarin acerca del carácter de clase del Kuomintang —un partido de la burguesía china con apoyo de masas— Trotsky planteó que lo central para caracterizar a una organización es su dirección y orientación, no la composición social de sus bases. Luego de explicar que «en todo partido burgués la masa es siempre un rebaño, en diversos grados», añadía: «Las cumbres del Kuomintang... son en realidad el alma del Kuomintang, su esencia social. Ciertamente, la burguesía no es en el partido más que una «cumbre», al igual que lo es en la sociedad. Pero esta cumbre es poderosa debido a su capital, sus conocimientos, sus relaciones, por la posibilidad que tiene siempre de apoyarse en los

imperialistas y, principalmente, por su poder de hecho en el Estado y en el ejército...».<sup>10</sup>

---

10. Trotsky, L. *Stalin, el gran organizador de derrotas*, Buenos Aires, Yunque, 1974, p. 276.

## ¿Eran «centristas» los socialismos de los años 1930?

Contra lo que sostenía Trotsky en 1934, la SFIO y los PS de EE.UU. y de Bélgica no eran organizaciones «obreras centristas», ni siquiera «centristas vacuas», sino *partidos burgueses, con bases obreras*. La dirección de la SFIO no reflejaba la búsqueda de las bases de una salida revolucionaria, ni era posible que evolucionara hacia la izquierda marxista. En la década de 1930 el carácter de clase de la SFIO estaba definido por su conducción, que estaba vinculada por múltiples lazos con el Estado, y comprometida con un programa y estrategia acordes al funcionamiento del sistema capitalista. Es cierto que los socialistas franceses se habían negado a participar en gobiernos burgueses (en 1924, en 1929 y en 1932), pero este antecedente no alteraba la naturaleza de clase de la SFIO, ni el de la Segunda Internacional. Cuando en 1935 Trotsky caracterizó a la SFIO como agencia de la burguesía, el socialismo francés no había

cambiado, en lo sustancial, con relación al momento en que se decidió el entrismo.

Por supuesto, el carácter burgués de la SFIO se evidenciaría a pleno con su participación en el gobierno del Frente Popular, y su hostilidad hacia el movimiento huelguístico de 1936 y 1937. Pero esto no fue «rayo en día sereno». A comienzos de los 1930 la SFIO no reflejaba una «situación transicional de los obreros», ni había posibilidad de que adhiriera al trotskismo. Por entonces, y desde hacía mucho, la SFIO era parte orgánica de una Internacional que colaboraba en el sostenimiento del orden capitalista, vía los mecanismos de la democracia burguesa. Su enfrentamiento con el fascismo, que era real, se daba en este marco y no había posibilidad de que llegara a la ruptura con el Estado.

Consideraciones similares se aplican al partido Socialista de EE.UU. Dirigido por Norman Thomas, el PS norteamericano planteaba un rechazo de tipo moral a las desigualdades que genera el capitalismo, se pronunciaba a favor de la propiedad estatal de los medios de producción, defendía el pacifismo y tomaba abierta

posición en contra del marxismo. Nada muy distinto de lo que hacía la Segunda Internacional. Pero además, ni siquiera canalizaba el descontento de las masas trabajadoras frente al desempleo y la depresión: en las elecciones presidenciales de 1932 Thomas obtuvo poco más de 800.000 votos, y el ascenso huelguístico y de militancia sindical que dio lugar a la formación de la CIO (Congress of Industrial Organizations), estuvo dirigido principalmente por el Partido Comunista. Por otra parte, el New Deal, aunque criticado por Thomas, terminó absorbiendo gran parte del programa socialdemócrata; muchos militantes abandonaron el PS para apoyar a Roosevelt y la política del Frente Popular del PC (que también se había alineado con el partido Demócrata). A mediados de los años 30, cuando Trotsky aconsejaba el entrismo en el PS de EE.UU., no había lugar para soñar siquiera con que este partido llegara a la ruptura con el Estado burgués en el curso de un eventual enfrentamiento con el fascismo; o que albergase en su seno algún proceso de radicalización revolucionaria de masas.

Algo muy parecido se puede decir con respecto al Partido Obrero Belga, dirigido por Emile Vandervelde y Henry de Man, y en el cual los trotskistas también hicieron entrismo (se incorporaron al PO en marzo de 1935 y fueron expulsados al año siguiente). En los años 1930, De Man había lanzado un plan económico que contemplaba una fuerte intervención del Estado, con el argumento de que podría sacar a la economía de la depresión (el «planismo» de De Man se basaba más en las estatizaciones que en la gestión obrera de los medios de producción). Este Plan de Trabajo generó algunas movilizaciones obreras, y contribuyó a que el Partido Obrero llegara al poder en 1935, en coalición con los liberales y los católicos. El Gobierno aplicó a medias el Plan, y asumió luego una posición de no intervención en la guerra española (igual que el gobierno del Frente Popular de Francia).

Pues bien, siempre en la idea de que los trotskistas debían ayudar a las masas a sacar conclusiones a partir de su experiencia, el entrismo en el PO belga fue acompañado de la exigencia de que se aplicara el Plan. Sin embargo,

De Man identificó su plan con el programa del nazismo, y llegó al extremo de impulsar la regimentación de los sindicatos y el fortalecimiento de la autoridad del Estado. Ni siquiera la ola de huelgas que estalló en 1936 alejó a De Man del Gobierno y del rey Leopoldo III. No había «centrismo» en su orientación. Peor todavía, en 1940 De Man disolvió al partido Obrero y colaboró con la ocupación nazi hasta 1941 (cuando los nazis lo echaron). No hubo ruptura de masas hacia la izquierda; los socialistas que rechazaron el colaboracionismo de De Man mantuvieron una actitud pasiva, o se incorporaron a la Resistencia, sin ser influenciados por el trotskismo.

## Ocho décadas más tarde, se insiste en el error

La idea de Trotsky de que los PS, en los 1930, estaban vaciados de contenido de clase, o que de alguna manera su contenido de clase era dual (obrero por sus bases, pequeño burgués por su programa y dirección) no se ha examinado ni superado en el movimiento trotskista. Muchos trotskistas siguen justificando el entrismo en los PS o en el Laborismo con el argumento «aunque reformistas, son los partidos de base obrera, la cual entrará en conflicto revolucionario con sus direcciones». Algo parecido ocurre con el PSUV. Por ejemplo, Jorge Sanmartino, un «entrista siglo XXI», afirma que el PSUV «... no puede ser definido en términos categóricos sino como formación centrista vacua, a la manera en que se dieron partidos y movimientos de masas en pleno proceso revolucionario, como el Sandinismo y el FMLN salvadoreño, o formaciones con control estatal en proceso revolucionario, como el ejemplo, según Trotsky, de la SFIO

francesa en el ascenso del Frente Popular en Francia en 1936».<sup>11</sup>

Con algunas variantes en los argumentos –hoy queda muy bien evitar las caracterizaciones de clase hablando de «la dimensión discursiva simbólica de la movilización de masas»– se mantiene lo fundamental de la caracterización. Sanmartino repite –apelando a un argumento de autoridad– el enfoque metodológico de Trotsky con respecto a los PS o el Laborismo de los 1930. Con el agravante de que el carácter de clase del PSUV hoy está aún más definido, si se quiere, que lo que lo estaba la SFIO en 1934. El PSUV participa en la conducción del Estado venezolano, junto a la burocracia estatal y los militares, y ahoga en represión todo intento de organización independiente de la clase obrera, o crítica al régimen.

---

11. Sanmartino, J. «Populismo y estrategia socialista en América Latina», <http://www.democraciasocialista.org/?p=1385> énfasis añadido

## «Instinto revolucionario de los trabajadores»

La táctica del entrismo tiene como uno de sus supuestos fundamentales la idea de que ante crisis o enfrentamientos con la derecha, el fascismo o el imperialismo, las masas trabajadoras entrarán en colisión con las direcciones y programas de sus organizaciones tradicionales y girarán hacia la izquierda anticapitalista. Sobrevuela aquí la creencia de que de alguna manera la clase obrera se orienta espontánea y necesariamente hacia la revolución, en respuesta-reflejo a los padecimientos, crisis y problemas generados por el capitalismo.

En otros términos, es como si de la relación social en que está inmerso el obrero se derivara una esencia revolucionaria que se traduciría, necesariamente, en conciencia socialista. Esta idea se encuentra de manera bastante clara en escritos de Marx y Engels, en particular en trabajos juveniles o anteriores a la experiencia de la Asociación Internacional de Trabajado-

res. Así, en *La Sagrada Familia* Marx se refirió a lo que «el proletariado es y está obligado a hacer, con arreglo a ese ser suyo». Y en *El Manifiesto Comunista* Marx y Engels parecen prever un desarrollo linealmente evolutivo de la conciencia de clase, en base de las experiencias que haría la clase obrera con el capitalismo.

También en los primeros escritos de Lenin encontramos esta perspectiva. Por ejemplo, en el «Proyecto y explicación del Programa de la Socialdemocracia rusa», de 1895, y en la misma línea que *El Manifiesto Comunista*, considera que cuanto más se desarrollaban las grandes empresas en Rusia, más poderosas y frecuentes devenían las huelgas obreras; a su vez, a mayor opresión del capitalismo, mayor era la necesidad de unidad de los trabajadores. Por eso, progresivamente los trabajadores se darían cuenta de que su enemigo no era el capitalista individual, sino toda la clase capitalista y así «la lucha de los trabajadores fabriles contra los empleadores inevitablemente se transforma en la lucha contra toda la clase capitalista, contra el entero orden social basado en la explotación del trabajo por el capital». La conciencia de clase consistía en

el entendimiento de este enfrentamiento. La tarea del partido socialdemócrata pasaba por promover la lucha de clases, «llevar luz a la misma» y representar el interés del conjunto del movimiento.<sup>12</sup>

Como es conocido, este esquema va a cambiar en el famoso folleto *¿Qué hacer?*<sup>13</sup> En este escrito Lenin reconoce que las condiciones objetivas –la explotación en la gran empresa, las contradicciones que enfrentan los trabajadores– de por sí no forman la conciencia socialista de la que hablaba en el programa de 1895. Pueden ser condición necesaria para esa conciencia, pero no suficiente; la ideología sindicalista y reformista burguesa inciden en las posiciones políticas de la clase obrera y sus luchas. Por lo cual, y siguiendo a Engels, Lenin plantea que la lucha del partido marxista debía llevarse en forma combinada en el terreno de la ideolo-

---

12. Lenin, «Draft and Explanation of the Program for the Social-Democratic Party», <https://www.marxists.org/archive/lenin/works/1895/misc/x01.htm>

13. Título disponible en Editorial Larga Marcha [N. del ed.]

gía, la política y la lucha económica. No era suficiente con «acompañar y profundizar» la lucha de clases para que surgiera la conciencia de la necesidad de la transformación socialista.

En Trotsky, en cambio, encontramos un enfoque más afín a la idea del progreso hacia la conciencia socialista a partir de la misma lucha de clases, en particular de las luchas revolucionarias. En «Nuestras diferencias» explica que en las «épocas normales» o «períodos de paz» las clases dirigentes «imponen al proletariado su concepción del derecho, sus procedimientos de resistencia», pero que «en las épocas revolucionarias» el proletariado «descubre procedimientos que mejor convienen a su naturaleza revolucionaria». <sup>14</sup> Luego, citando a Lasalle, sostiene que «el instinto de las masas en las revoluciones... es generalmente más seguro que la razón de los intelectuales». Agrega que «estas multitudes, precisamente porque son “oscuras”, porque les falta instrucción, no saben nada de posibilismos, y... las masas no se interesan más

---

14. Trotsky, L. 1905, *Resultados y perspectivas*, tomo 2, Ruedo Ibérico, 1970, p. 128.

que por los extremos, por lo que es entero e inmediato» (p. 129). Un poco más abajo explica que «precisamente porque la revolución arranca los velos místicos que impedían ver los rasgos esenciales del agrupamiento social, y empuja a las masas contra las clases en el Estado, el político marxista se siente en la revolución como en su elemento» (pp. 129-130).

En el *Programa de Transición* la idea permanece: la caracterización de la época es que los trabajadores se orientan hacia la revolución espontáneamente, y entran en conflicto con las direcciones traidoras y burocráticas. Esta visión se ha mantenido hasta hoy en el movimiento trotskista. Por eso Mandel hablaba del «empuje instintivo revolucionario» de las masas. En los años 1950, y de forma característica, Pablo sostenía que el movimiento de masas anticapitalista asumía formas «confusas» bajo el liderazgo del APRA en Perú, del MNR en Bolivia, e incluso de Vargas en Brasil y Perón en Argentina.<sup>15</sup> Y en la década de 1980

---

15. «World Trotskyism Rearms», November 1951, <http://www.marxists.org/archive/pablo/1951/11/congress.htm>

Nahuel Moreno explicaba que existían «revoluciones socialistas inconscientes», refiriéndose a levantamientos populares contra dictaduras; o a las movilizaciones contra la burocracia stalinista.<sup>16</sup> Precisamos que, de todas maneras, en estos planteos hay una diferencia de cierta importancia con la concepción de Lenin de 1895, o de *El Manifiesto Comunista*: en estos últimos, el desarrollo de las fuerzas productivas, en particular la gran empresa, juega un rol central en el esquema evolutivo de la conciencia socialista. En el esquema trotskista, dado el «agotamiento histórico del capitalismo», la conciencia socialista se generará principalmente por el estancamiento de las fuerzas productivas, y las luchas provocadas por la descomposición del sistema.

---

16. Véase, por ejemplo, N. Moreno «Algunas reflexiones sobre la revolución política polaca», *Panorama Internacional*, mayo de 1982.

## Se hace abstracción del peso de las ideologías y la política

En el razonamiento que hemos reseñado en el punto anterior hay un problema fundamental, que ya hemos discutido en nuestra *Crítica del Programa de Transición*.<sup>17</sup> Consiste en la exagerada importancia de lo que Mandel llamaba el «instinto revolucionario de la clase obrera».

Es indudable que en el curso de movilizaciones de masas importantes existe este factor, y aparecen tendencias, al menos en sectores de vanguardia, a cuestionar al sistema de conjunto. Pero estos no son los únicos impulsos que recorren el movimiento. Es que los trabajadores entran en la lucha con sus ideologías, sus simpatías políticas, sus tradiciones y el peso de sus experiencias pasadas. En otros términos, en todo movimiento, además de juicios, hay prejuicios; y circulan creencias de todo tipo.

---

17. Título disponible en Editorial Larga Marcha [N. del ed.]

Por eso, la propaganda del marxista se difunde en un tejido político e ideológico sustentado en las instituciones estatales, y al que se agregan las formas mistificadas –fetichizadas– de la misma relación social mercantil capitalista. Lo cual influye en la forma en que son apropiadas y significadas las consignas y los discursos revolucionarios por las masas trabajadoras. Destacar la relevancia de la ideología y el discurso no significa sostener que tienen primacía causal en la explicación; pero sí es necesario darles su peso. No estamos ante simples «formas inesenciales», sin incidencia histórica y social, o fácilmente superables.

Por otra parte, las direcciones burguesas o reformistas burocráticas no constituyen un bloque que se presenta con respuestas homogéneamente reaccionarias; la única salida no es la dictadura, o el fascismo. Junto al garrote, está la zanahoria, como dice el dicho. Las concesiones, las promesas y los programas que se ponen las ropas del «cambio social posible», tienen un peso no desdeñable. Frente a la crisis de 1930 en EE.UU. la respuesta de la clase dominante fue el New Deal, que recibió el apoyo

de millones de trabajadores que no fueron a las barricadas. Lo mismo podemos decir de tantas otras experiencias, que muchas veces no son siquiera consideradas como posibilidades por los marxistas. Por ejemplo, en el *Programa de Transición* (de 1938) Trotsky declara que los obreros de todo el mundo «ya saben» que la caída de Hitler y Mussolini solo podía ocurrir bajo las banderas de la Cuarta Internacional. Pero lo cierto es que a la derrota del fascismo y del nazismo le sucedieron regímenes capitalistas democráticos que gozaron, por decir lo menos, de relativa conformidad de la gente.

Presento otro ejemplo, del que tuve vivencia personal: estamos en España, hacia fines de 1977, en el período de transición entre el franquismo y la monarquía constitucional. Hay una gran efervescencia en la gente, que espera un cambio radical. En esas circunstancias, el PC hace un acto en un barrio obrero a las afueras de Madrid, y Santiago Carrillo (el Secretario General del PCE) se dirige a varios miles de sus seguidores. ¿Cuál es su propuesta estratégica? Pues un modelo como Suecia. Y los obreros asienten y aplauden ese programa de «capita-

lismo democrático y moderado», con (faltaba más) monarquía incluida. Y en los años que siguieron, no surgió en el PCE, ni en el PSOE, ninguna corriente crítica de izquierda radicalizada de importancia. Son ejemplos tomados de la vida real, que desmienten la idea de que haya un «socialismo inconsciente», una «esencia anticapitalista inmanente».

Tampoco es cierto que las masas «no saben de posibilismos» y solo consideren los extremos. Lo que ocurre con frecuencia es que ante las crisis mucha gente quiere creer en salidas milagrosas y en políticos que prometen lo que no pueden cumplir. Y cuando las cosas no se cumplen, la respuesta no es necesariamente la movilización revolucionaria: también puede haber desaliento y desmovilización porque no se ven alternativas. Amén de la creación de nuevas opciones burguesas: a la decadencia del PSOE le sucede el engendro reformista de Podemos. ¿Qué diferencia sustancial hay entre ambos?

De fondo, en la visión de las «movilizaciones inconscientemente socialistas» y los «impulsos instintivos anticapitalistas» parece sobrevolar una

concepción determinista sociológica, en el sentido que se produciría una ruptura de las masas con las direcciones y los programas burgueses, pequeñoburgueses o burocráticos como simple respuesta reflejo de los sufrimientos infligidos por las crisis, la explotación del capital y las experiencias de luchas. Sin embargo, lo real es que la resultante de cualquier coyuntura de crisis y agudización de lucha de clases está determinada por constelaciones de mecanismos causales, que nunca pueden ser anticipados en su totalidad. Por eso, en política es clave comprender que a partir de una misma experiencia las conclusiones que se pueden sacar son muy diversas, dependiendo de los marcos conceptuales con que se las interprete, y de las coyunturas (no solo nacionales) de la lucha de clases. Es lo que ocurre, por ejemplo, con las crisis económicas. La crisis griega y española de fines de la década de 2000 dio pie a formaciones políticas burguesas que buscan reformar al capitalismo (en la idea de que las crisis se deben a la codicia de los banqueros, a la falta de control del Estado, a la globalización, etcétera). En otros lugares se fortalecieron opciones de ultra derecha. Así,

en Francia muchos obreros que antes votaban al PC, hoy lo hacen por Le Pen.

Otro ejemplo es lo sucedido luego del colapso de los regímenes stalinistas. En la década de 1980 y comienzos de la siguiente, algunos grupos trotskistas pensaron que todas las barreras burocráticas entre ellos y las masas se desplomaban, que las direcciones tradicionales estaban «en un proceso vertiginoso de desprestigio», y que, dado ese «vacío», «había llegado la hora del trotskismo». ¿Cómo las masas que repudiaban al stalinismo —en un proceso «revolucionario socialista inconsciente»— iban a aceptar una vuelta al capitalismo? Otros argumentaban que, en cualquier caso, apenas los trabajadores soviéticos hicieran su experiencia con el capitalismo, volverían a los ideales y al programa de 1917. Pero la realidad es que el capitalismo se impuso en el Este de Europa y en los ex territorios de la URSS y Yugoslavia, sin que hubiera siquiera un fortalecimiento medianamente apreciable de los partidos marxistas. Incluso guerras civiles, como la que ocurrió en la ex Yugoslavia, dieron lugar a expresiones importantes de la ultraderecha, casi fascistas.

Otro caso ilustrativo es el actual derrumbe del «socialismo siglo XXI» venezolano. Este desastre económico, conducido por milicos, burócratas estatales y una lumpen burguesía que se enriqueció de la noche a la mañana, no está dando lugar a proceso alguno de radicalización anticapitalista de masas. Miles se desalientan, caen en la apatía, o terminan consintiendo con la oposición burguesa, en medio de la descomposición económica y social. Y millones —¿un 30% de la población?— emigraron y rechazan de plano al socialismo.

En conclusión, las crisis del capitalismo y las luchas generan la posibilidad de que avance una conciencia socialista en las masas trabajadoras. Pero el proceso no es lineal, o mecánico. *La crisis no genera de por sí un programa socialista, ni corrientes de masas que espontáneamente abracen un programa de ese tipo.* Por el contrario, la tendencia espontánea de las masas, la mayor parte de las veces, pasa por buscar soluciones dentro del sistema capitalista. Las condiciones políticas de una transformación socialista no se generan de la noche a la mañana; tampoco son el producto de maniobras tácticas, por más «geniales» que

parezcan. Los problemas fundamentales de la táctica entrista están indisolublemente entrelazados con estas cuestiones.

## Las estructuras partidarias

Lo que hemos planteado en los apartados anteriores cobra mayor relieve cuando se trata de los partidos o movimientos de masas. La famosa frase de Marx y Engels sobre que «las ideas dominantes de la clase dominante son las ideas dominantes de cada época», parece aplicarse doblemente a las organizaciones políticas que defienden programas y políticas burguesas, o burocrático-estadistas. Parafraseando *La ideología alemana*, podemos decir que los dirigentes de los partidos y movimientos burgueses, pequeño burgueses o burocráticos son los productores, reguladores y distribuidores de las ideas, o ilusiones, que adoptan las bases y simpatizantes de esos partidos y movimientos. En esta cuestión tienen un papel decisivo los «ideólogos conceptivos activos» (el término es de Marx y Engels) asimilados por las direcciones partidarias, y más en general, los «intelectuales orgánicos» (Gramsci) que ofician de mediadores entre las direcciones y las bases.

No se trata solo de los «altos ideólogos», sino también de cientos o miles de personas, comprendiendo a periodistas, funcionarios estatales, trabajadores de la cultura, cuadros medios de dirección, y militantes formados. Todo esto se potencia cuando el partido o movimiento controla las palancas del Estado, o se fusiona con el mismo. En estas circunstancias el rol de estos intelectuales adquiere aún mayor relevancia. Comúnmente esta gente apoya un «ajuste a lo FMI» argumentando que «estamos afianzando el poder popular y la transformación revolucionaria»; y puede defender sin remordimientos la represión a un movimiento popular de protesta, o a una huelga, con el argumento de «le hacen el juego a la derecha y a los grupos económicos concentrados» (cualquier similitud con el discurso stalinista tradicional no es casualidad).

Además, los partidos y movimientos de masas que se adaptan al sistema capitalista disponen de innumerables recursos materiales: representaciones parlamentarias, puestos a niveles municipales o provinciales, direcciones de sindicatos y otras organizaciones de masas, que dan lugar a un universo de posibilidades para

silenciar críticas, disimular problemas, justificar lo injustificable, absorber críticos y fortalecer adhesiones. Por lo tanto, los trotskistas que hacen entrismo no militan en un vacío ideológico y político. Si a nivel social general las experiencias están mediadas por los discursos e ideologías, esto se repite a escala ampliada al interior de los partidos y movimientos izquierdistas de masas. Si bien el entramado de ideas que se articula al interior de las organizaciones izquierdistas de masas no puede anular la lucha de clases, sí explica las formas particulares en que se digieren los procesos que los marxistas acostumbran caracterizar como «decisivos» para la siempre esperada radicalización a la izquierda de las bases.

Pero además, las direcciones de las organizaciones políticas burguesas y burocráticas habitualmente recurren a fraudes y manejos en las elecciones de delegados a Congresos y otros organismos, y a la represión de los disidentes. El ataque comienza por lo general con campañas difamatorias –los críticos son «entristas», «fraccionalistas», «agentes de la CIA» y similares– y después siguen los «juicios

políticos» y las purgas. Cuando los burócratas y dirigentes «de toda la vida» ven amenazadas sus fuentes de subsistencia –en particular, su relación con cualquier sistema de explotación del trabajo– no hay límites ni estatutos democráticos a respetar. Dados los ingentes recursos de que disponen estos aparatos, estas operaciones pueden generar desconfianza y desánimo en muchos sectores, y facilitan el aislamiento de los críticos. Se demuestra por esta vía que esas organizaciones en las que se hace entrismo no son «vacuas», o «indefinidas en cuanto a su contenido», como piensan algunos teóricos del entrismo siglo XXI. Las difamaciones, el silenciamiento a cualquier costo del disidente, las expulsiones, revelan la naturaleza de la organización. Son formas que se corresponden con sus contenidos de clase.

## La discusión sobre el entrismo de corto y largo plazo

Una de las cuestiones más debatidas en torno al entrismo pasa por si debe aplicarse por un corto período de tiempo, o si es una táctica de largo plazo. Los que afirman que es de corto plazo argumentan que la táctica se justifica cuando hay un proceso de radicalización de las masas trabajadoras. Por eso, se sostiene, el entrismo es por algunos meses, para romper arrastrando una fracción de masas. En este escenario se privilegia la maniobra; la preparación teórica, la lucha ideológica, pasan a segundo plano. Los que afirman que hay que trabajar con un horizonte de largo plazo justifican su postura diciendo que es necesario ganar a las masas con un trabajo paciente y perseverante, a la manera de «topos revolucionarios».

Pues bien, en base a lo discutido más arriba, pensamos que las dos variantes hacen abstracción de las condiciones concretas –sociales y políticas– que rodean las tácticas entristas. En

lo que respecta a los «cortoplacistas», pecan de optimismo ingenuo. Según este esquema, sería posible detectar el ascenso revolucionario con anticipación, incorporarse rápidamente al partido o movimiento de masas «centrista indefinido», presentar programas y consignas diferenciadas de la dirección (y de cualquier otra tendencia izquierdista pero no revolucionaria) y ganar a amplios sectores de la militancia y simpatizantes que estarían dispuestos a acompañar a los recién llegados.

La realidad es que en ningún lugar algún grupo marxista se hizo de la dirección de un proceso revolucionario por esta vía. A lo sumo, se ganan algunas decenas o cientos de militantes. Activo que debe ponerse en relación con el pasivo que se tributa: rupturas y disidencias tanto a la entrada como a la salida, acusaciones por «fraccionalismo», y desconfianza de los trabajadores, que no entienden estas maniobras. Además, se crea el caldo de cultivo para que prosperen las intrigas y acusaciones, y haya purgas y sanciones que oscurecen el debate sobre las cuestiones fundamentales. Por eso, en última instancia, si hay un vuelco a las ideas

revolucionarias —y para esto debió existir antes agitación, propaganda, actividad sistemática de largo plazo— es más factible que se produzca la adhesión, lisa y llana, a las organizaciones marxistas que ofrecen una alternativa definida, e independiente.

Por otra parte, en relación a los que plantean el entrismo de largo plazo, los problemas no son menos importantes. También en este esquema se hace abstracción de las condiciones concretas en que puede desarrollarse una militancia que pretende ganar paulatinamente posiciones. Lo principal: es imposible militar con banderas críticas e independientes, estando establecido el control de las direcciones y las burocracias partidarias. Dado que los marxistas necesitan ser aceptados en la organización, deben callar cuestiones esenciales, en especial en lo que atañe a caracterizaciones de clase de programas, direcciones, orientaciones políticas. Por ejemplo, si se es militante del PSUV, es imposible explicar que los burócratas y milicos dirigentes del «Estado popular en transición al socialismo», no son «compañeros confundidos», sino explotadores hermanados con la lumpen burguesía que se

enriquece con ellos. Pero si no se plantean las caracterizaciones de clase correctas, pierde sentido la propaganda por las ideas socialistas. Precisamente la razón de ser de un grupo político que se considera marxista consiste en llevar la crítica hasta la raíz. Y esta no puede eludir las caracterizaciones de clase. De ahí la tendencia general de los «entristas de largo plazo» (pero también los de corto plazo) es a embellecer a las organizaciones en que militan, y a disimular sus políticas burocráticas o burguesas.

Pero además, a medida que el entrismo se prolonga en el tiempo, y en aras de mantenerse en la organización, se amplían las concesiones y «agachadas» ideológicas y políticas. Cada vez hay que comerse más «sapos». En esta dinámica, muchos terminan por «olvidarse» de que se incorporaron a la militancia para acompañar una ruptura revolucionaria, y se convierten en «consejeros de izquierda» de las direcciones y los aparatos burocráticos. O se identifican (con alguna observación crítica) con el programa y orientación de la organización «centrista vacua». Un ejemplo de este proceso es el de aquellos entristas en el PSUV que proclaman que su

objetivo es «defender el legado de Chávez» (¿qué tendrá que ver eso con el programa y estrategia del marxismo?) e «impedir» que la militancia descontenta rompa con la dirección, con la excusa de que «puede ser capitalizada por la derecha» (¿pero no es que había un proceso de radicalización revolucionaria?). El destino final de estas maniobras es que, o bien son cooptados por el aparato al que decían combatir, o terminan expulsados, sin mayores repercusiones en lo que respecta a la relación global de fuerzas entre el capital y el trabajo.

## **En definitiva, no hay atajos**

Como resumen de lo desarrollado: hay que abandonar la idea de que se va a construir una fuerza revolucionaria y anticapitalista a fuerza de maniobras tácticas y organizativas, y «golpes de efecto». En este punto estoy enfrentando una tradición largamente establecida en algunos grupos trotskistas. El trabajo ideológico y político de largo plazo no puede ser reemplazado con maniobras. No se trata de una mera cuestión táctica, sino de una concepción en la que están implicados problemas teóricos de relevancia.



**ANEXO:**

**«La Salida»**

*Leon Trotsky*



Ya hemos dicho que en Francia el Partido Socialista avanza en la dirección opuesta en que lo hace el Estado: mientras que el parlamentarismo ha sido sustituido por el bonapartismo, que representa una etapa inestable en el camino hacia el fascismo, la socialdemocracia, por el contrario, va hacia un conflicto mortal con el fascismo. Pero, ¿se puede atribuir una significación absoluta, y por lo tanto internacional, a esta perspectiva actualmente tan importante para la política francesa?

No; la verdad es siempre concreta. Cuando hablamos de los caminos divergentes que toman la socialdemocracia y el estado burgués en las condiciones de la actual crisis social tenemos en mente solamente la tendencia general de desarrollo y no un proceso uniforme y mecánico. Para nosotros la solución del problema político depende de hasta qué punto se realice efectivamente la tendencia. También se puede plantear esta posibilidad al revés, lo que espero no provoque objeciones entre nosotros; es decir, que en nuestra época el destino del proletariado depende en gran medida de la manera resuelta en que la socialdemocracia en

el breve intervalo que le concede la marcha de los acontecimientos, logre romper con el estado burgués, transformarse y prepararse para la lucha decisiva contra el fascismo. El hecho mismo de que el destino del proletariado dependa de esa manera de la socialdemocracia es consecuencia de la bancarrota de la Internacional Comunista como partido dirigente del proletariado internacional y también de la excepcional agudeza la lucha de clases.

La tendencia del centrismo a superar el reformismo y su tendencia a la radicalización no pueden menos que ser de carácter internacional, lo que se corresponde con la crisis general del capitalismo y del estado democrático. Pero lo decisivamente importante para extraer conclusiones prácticas y, sobre todo, organizativas, es saber *cómo* se refleja esta tendencia (en una etapa *determinada* del proceso) en el partido socialdemócrata de un país *dado*. La línea general de desarrollo definida por nosotros únicamente debe guiar nuestro análisis, pero de ninguna manera prever de antemano las conclusiones a deducir de él.

En la Alemania prefascista la proximidad de la ruptura entre el estado burgués y el reformismo se expresó en la formación del ala izquierda de la socialdemocracia. Pero, dada la total desorientación de las masas, el poder del aparato burocrático demostró ser suficiente para cortar el avance de la todavía débil ala izquierda (SAP) y mantener al partido en los rieles de una política conservadora y expectante. Al mismo tiempo, el Partido Comunista, adormecido por las drogas del «tercer periodo»<sup>18</sup> y el «socialfascismo», sustituyó por desfiles «amsterdaminos»<sup>19</sup>

---

18. Según el esquema proclamado por los stalinistas en 1928, el *tercer* período era la etapa final del capitalismo, la de su inminente liquidación y remplazo por los soviets. En consecuencia, la táctica de la Komintern durante los seis años siguientes estuvo marcada por el ultraizquierdismo, el aventurerismo, los sectarios sindicatos «rojos» y la oposición al frente único. En 1934 se descartó la teoría y la práctica del «tercer periodo» y se las remplazó por la del Frente Popular (1935-1939), pero a este periodo no se le puso número. El «primer período» iba de 1917 a 1924 (crisis capitalista e insurrección revolucionaria), el «segundo período» de 1925 a 1928 (estabilización capitalista).

19. *Desfiles amsterdaminos* es una alusión a la actividad de las distintas organizaciones «frentistas» del stalinis-

la movilización revolucionaria de las masas, irrealizable en la actual relación de fuerzas sin la política del Frente Único. En consecuencia, el poderoso proletariado alemán se demostró incapaz de ofrecer la menor resistencia al golpe de estado fascista. Los estalinistas declararon: ¡la culpa la tiene la socialdemocracia! Pero solo con eso reconocieron que todas sus pretensiones de ser los dirigentes del proletariado alemán no eran más que fanfarronería hueca. Esta tremenda lección política nos demuestra, sobre todo, que aun en el país donde el Partido Comunista era más imponente (tanto en un sentido absoluto como relativo) fue incapaz, en el momento decisivo, de levantar siquiera el dedo meñique mientras la socialdemocracia tenía la posibilidad de obstruir el camino con

---

mo (Comité Mundial Contra la Guerra, Comité Mundial Contra el Fascismo, etcétera), a menudo iniciadas o centralizadas en Amsterdam. Sus dos principales congresos internacionales se reunieron en dicha ciudad, en agosto de 1932 y en el anfiteatro Pleyel de París en junio de 1933. Un miembro típico de estas organizaciones era la Liga Norteamericana contra la Guerra y el Fascismo, rebautizada en el periodo del Frente Popular con el nombre mas «positivo» de Liga por la Paz y la Democracia.

su resistencia conservadora. ¡Recordémoslo muy bien!

La misma tendencia histórica fundamental se reflejó en Francia de manera esencialmente diferente. Bajo la influencia de las condiciones nacionales específicas y de las experiencias internacionales, la crisis interna de la socialdemocracia francesa evolucionó mucho más profundamente, en su momento, que la de la socialdemocracia alemana. La burocracia socialista se vio obligada a golpear contra *la derecha*. No fuimos testigos de la expulsión de una débil ala izquierda, como en Alemania, sino de la ruptura con *la derecha* más coherente (en su condición de agencia de la burguesía), los Neos. Nada refleja mejor la diferencia esencial existente entre las socialdemocracia alemana y francesa que la simetría de estas dos rupturas, pese a que en ambos partidos jugaban tendencias históricas comunes: la crisis del capitalismo y la democracia, el derrumbe del reformismo y la ruptura del estado burgués con la socialdemocracia.

Hay que calibrar, desde el ángulo adecuado, la situación interna de los partidos socialistas de todos los países capitalistas, que atraviesan distintas etapas de la crisis, pero esta tarea supera los límites de este artículo. Mencionemos sólo a Bélgica, donde el Partido Socialdemócrata, maniatado de la cabeza a los pies por una burocracia reaccionaria y corrupta (parlamentaria, sindical, municipal, cooperativa y bancaria), está sumergido en una lucha contra su ala *izquierda*, tratando de no quedarse atrás de su modelo alemán (Wels-Severing y Cía.<sup>20</sup>) Es evidente que no se pueden sacar las mismas conclusiones prácticas para Francia y para Bélgica.

Sin embargo, sería un error pensar que las políticas de la socialdemocracia alemana y belga por un lado, y de la francesa por el otro representan, de una vez y para siempre, dos

---

20. *Otto Wels* (1873-1939) y *Karl Severing* (1875-1952) eran funcionarios dirigentes del Partido Socialdemócrata alemán. En 1919 Wels, desde su cargo de comandante militar de Berlín, aplastó la insurrección espartaquista; posteriormente dirigió la representación del SDP en el *Reichstag*. *Severing* fue ministro del interior en Prusia hasta que Papen lo removió en julio de 1932.

líneas incompatibles. En realidad estas dos líneas se pueden transformar una en la otra, y lo harán más de una vez. Se puede afirmar con certeza que si el Partido Comunista Alemán, en su momento, hubiera seguido una política correcta de Frente Único ello hubiera dado poderoso impulso a la radicalización de los obreros socialdemócratas, y la evolución política de Alemania hubiera adquirido un carácter revolucionario. Por otra parte, no se excluye la posibilidad de que la burocracia socialdemócrata de Francia, con la ayuda activa de los estalinistas, deje aislada al ala izquierda y haga retroceder la evolución del partido. No es difícil prever la consecuencia: postración del proletariado y triunfo del fascismo. En cuanto a Bélgica, donde la socialdemocracia es virtualmente monopólica como partido del proletariado, no se puede imaginar en general una lucha triunfante contra el fascismo sin un decisivo reagrupamiento de fuerzas y tendencias dentro de sus filas. Hay que mantener la mano sobre el pulso del movimiento obrero y sacar las conclusiones correspondientes cada vez que sea necesario.

De todos modos, con lo dicho basta para comprender la enorme importancia que adquirió la evolución interna de los partidos socialdemócratas para el destino del proletariado, por lo menos en Europa y para el próximo período histórico. ¡Si recordamos que en 1925 la Internacional Comunista declaró en un manifiesto especial que el Partido Socialista francés ya no existía, comprenderemos fácilmente cuánto retrocedió el proletariado, y sobre todo su vanguardia, durante los años de dominación de los epígonos!

Ya se dijo que respecto a Alemania la Internacional Comunista reconoció (es cierto que después del hecho y de manera negativa) que fue totalmente incapaz de combatir al fascismo sin la participación de la socialdemocracia en la lucha. En lo que hace a Francia, la Internacional Comunista se vio obligada a declarar lo mismo, pero de antemano y positivamente. ¡Tanto peor para la Komintern, pero tanto mejor para la causa de la revolución!

Al abandonar, sin explicaciones, la teoría del socialfascismo, los estalinistas al mismo

tiempo tiraron por la borda el programa revolucionario. «Vuestras condiciones serán las nuestras», declararon a los dirigentes de la SFIO. Renunciaron a hacer cualquier crítica a su aliado. Simplemente, están pagando esta alianza al precio de su programa y su táctica. Sin embargo, cuando se trata de la defensa contra el común enemigo mortal (defensa en la que cada uno de los aliados persigue sus propios intereses vitales) nadie tiene la obligación de pagar a nadie esta alianza y cada uno tiene el derecho de seguir siendo lo que es. La conducta de los estalinistas es tal que parecen murmurarles a los dirigentes socialistas: «exijan todavía más; presionen más fuerte; no se vayan con ceremonias; ayúdenos a librarnos lo antes posible de esas torpes consignas que tanto incomodan a nuestros amos de Moscú en la actual situación internacional.»

Dejaron de lado la consigna de milicias obreras. Declararon que la lucha por el armamento del proletariado es una «provocación». ¿Acaso no es mejor dividirse las «esferas de influencia» con los fascistas, con los «honorables» prefectos de policía haciendo de árbitros? Esta combi-

nación es, de lejos, la más conveniente para los fascistas; mientras los obreros, adormecidos por las frases generales sobre el Frente Único, se entretendrán con los desfiles, los fascistas multiplicarán sus cuadros y sus reservas de armas, atraerán a nuevos contingentes de las masas y, en la hora adecuada elegida por ellos, lanzarán la ofensiva.

Así, el Frente Único fue para los estalinistas franceses una forma de capitulación ante la socialdemocracia. Las consignas y métodos del frente único reflejan la capitulación al estado bonapartista que, a su vez, le allana el camino al fascismo. Por medio del Frente Único las dos burocracias se defienden, no sin éxito, contra cualquier interferencia de una «tercera fuerza». Esa es la situación política del proletariado francés, que a muy breve plazo puede verse enfrentado con acontecimientos decisivos. Esta situación podría ser fatal si no fuera por la presión de las masas y la lucha de tendencias.

El que afirma «tanto la Segunda como la Tercera Internacional están condenadas; el futuro le pertenece a la Cuarta Internacional»

expresa un pensamiento cuya corrección ha sido confirmada nuevamente por la actual situación de Francia. Pero este pensamiento, correcto en sí mismo, no demuestra cómo, en qué circunstancias y en cuánto tiempo se constituirá la Cuarta Internacional. Puede surgir (teóricamente no está excluida esta posibilidad) de la unificación de la Segunda Internacional con la Tercera, por el reagrupamiento de los distintos elementos, las purgas y el endurecimiento de sus bases en el fuego de la lucha. También puede formarse a partir de la radicalización del núcleo proletario del Partido Socialista y la descomposición de la organización estalinista. Puede constituirse en el proceso de lucha contra el fascismo y el triunfo sobre él. Pero también puede formarse considerablemente más tarde, dentro de muchos años, en medio de las ruinas y la acumulación de escombros consiguientes a la victoria del fascismo y a la guerra. Para los bordiguistas de todo tipo, estas variantes, perspectivas y etapas carecen de importancia. Los sectarios viven más allá del tiempo y del espacio. Ignoran el proceso histórico vivo, que les retribuye con la misma moneda. Por eso su «balance» es siempre

el mismo: cero. Los marxistas no pueden tener nada en común con esta caricatura de la política.

Ni falta hace decir que si en Francia existiera una fuerte organización bolchevique leninista se habría convertido, en las actuales circunstancias, en el eje independiente alrededor del cual cristalizaría la vanguardia proletaria. Pero la Liga Comunista de Francia no logró transformarse en esa organización. Sin pretender, de ninguna manera, disminuir la importancia de los errores de la dirección, hay que admitir que la razón fundamental del lento desarrollo de la Liga está condicionado por la marcha del movimiento obrero mundial, que en la última década no ha conocido más que derrotas y retrocesos. Las *ideas* y los *métodos* de los bolcheviques leninistas se ven confirmados con cada nueva etapa del proceso. Pero, ¿podemos anticipar ya que la Liga *como organización* será capaz, en el lapso que queda hasta el próximo desenlace, de jugar un rol influyente, si no de dirección, en el movimiento obrero? Contestar hoy afirmativamente esta pregunta implica que se concibe que el desenlace tardará varios años

en llegar (toda la situación indica que no es así), o simplemente que se cree en milagros.

Resulta absolutamente claro que el triunfo del fascismo significaría el hundimiento de todas las organizaciones obreras. Se abriría entonces un nuevo capítulo histórico, en el que los bolcheviques leninistas tendrían que buscar nuevas formas organizativas para agruparse. Indisolublemente ligados a la época que vivimos, tenemos que formular concretamente la tarea de hoy: evitar, con la mayor probabilidad de éxito posible, la victoria del fascismo, teniendo en cuenta los grupos proletarios existentes y la relación de fuerzas entre ellos. En particular tenemos que plantearnos qué lugar debe ocupar la Liga, una pequeña organización que no puede reclamar un rol independiente en el combate que se libra ante nosotros, pero armada con una doctrina correcta y una preciosa experiencia política. ¿Qué lugar debe ocupar para impregnar de contenido revolucionario al Frente Único? Plantear claramente esta cuestión implica, en última instancia, dar la respuesta. Inmediatamente la Liga debe ubicarse *dentro* del Frente Único, para contribuir activamente

al reagrupamiento revolucionario y a la concentración de fuerzas de ese reagrupamiento. En las condiciones actuales no hay otra manera de ocupar ese lugar que entrando al Partido Socialista.

Algunos camaradas objetan que, sin embargo, el Partido Comunista es más revolucionario. Suponiendo que abandonamos nuestra independencia organizativa, ¿podemos adherir al partido menos revolucionario?

Esta objeción principal (más exactamente, la única que nos hicieron nuestros oponentes) se apoya en reminiscencias políticas y en apreciaciones psicológicas, no en la dinámica viva del proceso. Los dos partidos son organizaciones *centristas* con esta diferencia: el centrismo de los estalinistas es producto de la descomposición del bolchevismo, mientras que el centrismo del Partido Socialista surge de la descomposición del reformismo. Y hay otra diferencia entre ambos, no menos esencial. El centrismo estalinista, pese a sus convulsivos virajes, representa un sistema político muy *estable* indisolublemente ligado a la situación y a los intereses de la poderosa capa

burocrática. El centrismo del Partido Socialista refleja la situación *transicional* de los obreros, que buscan una salida que los conduzca al camino revolucionario.

Indudablemente, en el Partido Comunista hay miles de militantes obreros. Pero están desesperadamente confundidos. Ayer, estaban dispuestos a luchar en las barricadas al lado de los fascistas genuinos contra el gobierno de Daladier.<sup>21</sup> Hoy, capitulan silenciosamente a las consignas de la socialdemocracia. La organización proletaria de Saint-Dénis, educada por los estalinistas, capitula resignadamente al PUP.<sup>22</sup> Diez años de esfuerzos por regenerar

---

21. En la manifestación del 6 de febrero de 1934, una considerable cantidad de miembros y simpatizantes del PC pelearon junto con los fascistas y realistas, alguno bajo las banderas de una organización de veteranos dirigida por el PC. Esta actitud recordaba al llamado referéndum rojo de agosto de 1931 cuando los stalinistas alemanes se unieron a los nazis en un esfuerzo por liquidar el gobierno socialdemócrata de Prusia.

22. El PUP (Partido de Unidad Proletario) fue un grupo centrista de corta vida formado por expulsados del PC y ex afiliados a la SFIO.

a la Comintern no dieron resultado. La burocracia demostró ser lo suficientemente fuerte para llevar hasta sus últimas consecuencias su tarea devastadora.

Al darle al Frente Único un carácter puramente decorativo, al consagrar como «leninismo» la renuncia a las consignas revolucionarias más elementales, los estalinistas retrasan el desarrollo revolucionario del Partido Socialista. Así continúan jugando su rol frenador, incluso ahora, después de su acrobática voltereta. Hoy más decisivamente todavía que ayer, el régimen interno del partido excluye toda posibilidad de regeneración.

No se puede comparar las secciones francesas de la Segunda y la Tercera Internacional como si fueran dos pedazos de tela: ¿qué fábrica es la mejor, cuál es la mejor tejida? Hay que considerar a cada partido en su desarrollo y también tener en cuenta la dinámica de sus relaciones mutuas en la época actual. Solo de esta manera encontraremos el punto de apoyo más conveniente para nuestra palanca.

La adhesión de la Liga al Partido Socialista puede jugar un gran rol político. Hay en Francia decenas de miles de obreros revolucionarios que no pertenecen a ningún partido. Muchos pasaron por el PC; algunos lo abandonaron con indignación y otros fueron expulsados. Mantienen su antigua opinión sobre el Partido Socialista, es decir le dan la espalda. Simpatizan total o parcialmente con las ideas de la Liga pero no se unen a ella porque no creen que en las actuales condiciones se pueda desarrollar un tercer partido. Estas decenas de miles de obreros revolucionarios permanecen fuera de los partidos, y en los sindicatos fuera de las fracciones.

A esto hay que agregarle los cientos y miles de maestros revolucionarios, no sólo de la Federación Unitaria sino también del Sindicato Nacional, que podrían servir de nexo entre el proletariado y el campesinado. Están fuera de los partidos, igualmente hostiles al estalinismo y al reformismo. Sin embargo, en el próximo periodo la lucha de masas necesitará más que nunca del apoyo de un partido. La implantación de sóviets no debilitaría sino, por el contrario,

fortalecería el rol de los partidos obreros, ya que las masas, nucleadas de a millones en los sóviets, necesitan una dirección que sólo un partido puede dar.

No hay ninguna necesidad de idealizar a la SFIO, es decir de hacerla pasar, con todas sus actuales contradicciones, como el partido revolucionario del proletariado. Pero las contradicciones internas del partido pueden y deben señalarse como garantía de su ulterior evolución, y en consecuencia como posible apoyo de la palanca marxista. La Liga puede y debe dar el ejemplo a estos miles y decenas de miles de obreros y maestros revolucionarios que, bajo las condiciones actuales, corren el riesgo de quedar marginados de la lucha. Entrando al Partido Socialista reforzarán enormemente su ala izquierda, fecundarán la evolución del conjunto del partido, constituirán un poderoso centro de atracción para los elementos revolucionarios del Partido «Comunista» y facilitarán en gran medida la búsqueda del camino revolucionario del proletariado.

Sin renunciar al pasado ni a sus ideas, pero sin ninguna reserva mental propia de un círculo cerrado, sin dejar de decir las cosas como son, es necesario entrar al Partido Socialista, no para hacer exhibiciones ni experimentos sino para encarar un serio trabajo revolucionario bajo las banderas del marxismo.

# COLECCIÓN MILITANCIA

## **MIR**

Documentos de Formación Militante

## **MST**

Método de Trabajo y Organización Popular

## **VÍCTOR SERGE**

Lo que todo revolucionario debe  
saber sobre la represión

¡Encuentra estos libros y más en  
[www.largamarchaeditorial.cl](http://www.largamarchaeditorial.cl)!

## **NOTA:**

Si encuentras erratas o deseas compartir tus comentarios sobre esta edición, no dudes en escribirnos a nuestro correo electrónico.

Cada aporte nos ayuda a corregir y perfeccionar futuras impresiones, de modo que las próximas lectoras y lectores reciban el libro en mejores condiciones.

[editorial.largamarcha@gmail.com](mailto:editorial.largamarcha@gmail.com)